

tero, el general en jefe Lahera, sucesor de Valdés, accedió á prestar auxilio á los sitiados.

El día 1.º de Julio las divisiones del ejército liberal se presentaron su- biendo por la orilla de Portugaleta, y viendo los sitiadores lo desventaja- sa de su posición, levantaron inmediatamente el campo y emprendieron la retirada.

El ministerio de Martínez de la Rosa caminaba mientras tanto á su ruina per- diendo la poca popularidad de que habia gozado. Su marcha indecisa y vacilan- te, su falta de energía en establecer un sistema francamente constitucional, su torpeza en seguir apegado á las doctrinas de la Monarquía tradicional, y la des- graciada suerte de la guerra que no conseguia apagar, sino que por el contrario tomaba mayores proporciones con las victorias de los carlistas en Navarra, produ- ciendo en todas partes un notable descontento, debieron dar á conocer á aquel Gobierno, que no satisfacian á la Nación sus actos, y que debia abandonar hon- rosamente el puesto á hombres ménos tímidos. El Ministerio, sin embargo, no quiso reconocer nada de esto, y léjos de dar mayor ensanche á sus ideas para sa- tisfacer á la opinión, continuaba en su sistema restrictivo, aunque débil, deján- dose arrancar algunas concesiones, que como forzosas no se le agradecian. Re- sistíase á la revalidación de los empleos que los liberales habian desempeñado hasta 1823, oponia dificultades al reintegro que justamente reclamaban los compradores de Bienes Nacionales, despojados arbitrariamente por el Gobierno de Fernando VII, y con una hostil prevención resistia el dar á la Milicia Ur- bana toda la libertad que aquella institucion tenía derecho á exigir. El des- contento general se manifestó palpablemente hasta en los Estamentos, y al- gunos motines y conmociones populares principiaron á dar señales, de que el espíritu público deseaba que caminase por una senda diferente de la que se seguia.

El primer relámpago de la tempestad que se preparaba contra aquel Minis- terio irresoluto, se presentó en Madrid. Un batallón de los voluntarios de Aragon, guiado por su ayudante Cardero, jóven oficial de reconocido valor é ideas avan- zadas, se insurreccionó, y apoderándose de la casa de Correos lanzó el grito pi- diendo la caída del Ministerio. Queriendo reducir á la sumisión á los amotinados acudió inmediatamente á la Puerta del Sol el capitán general Canterac: los sol- dados contestaron á sus amonestaciones haciendo fuego contra él, dejándole muerto en medio de la plaza: acudió el ministro de la Guerra Llauder con las demás tropas, á quienes mandó romper el fuego contra los revoltosos; pero viendo lo poco dispuestos que se hallaban los soldados á obedecerle, y la acti- tud hostil del pueblo y de la Milicia Urbana, que demostraban claramente sus simpatías hácia los sublevados, tuvo que entrar en negociaciones con éstos, que á guisa de vencedores salieron de Correos á tambor batiente, entre las aclamacio- nes del pueblo. A consecuencia de esto Llauder dejó la cartera de la Guerra; pero no era esto sólo lo que la opinión solicitaba.

Así es que al poco tiempo se insurreccionaron Málaga, Zaragoza y Murcia, por motivos al parecer triviales, y habiendo ocurrido en este intervalo la des- graciada expedición de Valdés á las Amezcoas, y el convenio de lord Elliot, se